

J. M. DA NETA

NI LA
BELLEZA
SALVARÁ
AL MUNDO



edicione **stagus**

de Casa del Libro

I just believe in me

JOHN LENNON, *God*

I. Danchart y Rasjwonski

El vizconde de Clermont, Albert de Danchart, era un joven ocioso, como todos los jóvenes nobles que vivían en la Francia de finales del siglo XVIII. Danchart, pues así le gustaba que le llamasen, lejos de formulismos nobiliarios y tratos altisonantes y distinguidos, era muy querido por los cientos de siervos que ocupaban las tierras de su padre, el conde de Clermont. A ello ayudaba su educación campechana, lejos de la corte y bastante abandonada por parte de su progenitor. Su primera escuela había estado, de hecho, en los brazos de los capataces de las caballerizas y en las hoces de las labriegas a las que desde pequeño acompañaba en las labores del campo cada primavera. Con los años, su educación se había esmerado levemente, sobre todo a raíz de las presiones del padre Rubán, abad del monasterio principal de las posesiones de Clermont, que le enseñó a juntar las letras en griego y en latín. Al final, Danchart acabó por asumir los deberes propios de su título, y en los últimos tiempos se cuidaba de no tratar tan a menudo con los siervos y, especialmente, de no hacerlo a ojos de cualquiera que pudiese contárselo a su padre.

Danchart era el único hijo del conde de Clermont y de la marquesa de Ferrand, de la que había heredado más posesiones que las que su padre podía reunir. El conde era una leyenda viva en los sectores más tradicionales del reino. Los rumores decían que él mismo fue el culpable de la caída en desgracia de Necker cuando este trató de hacer ver al rey que los gastos de palacio eran desmedidos. Sin embargo, pocos daban crédito a tales habladurías, pues resultaba extraño que un hombre tan austero saliera en defensa de la fastuosa vida palaciega que, por otra parte, él rara vez frecuentaba.

Aquella mañana, Danchart paseaba a lomos de uno de sus caballos favoritos. Lo hacía por los verdes prados en los que tantas veces había correteado de pequeño e iba sin rumbo ni dirección, aunque, eso sí, escopeta al hombro, por si alguna perdiz se cruzaba en su camino.

En ese mismo momento, un muchacho poco mayor que Danchart entraba sigilosamente en la capilla del palacio de Clermont. Se había envuelto en un largo hábito de fraile, aunque sus intenciones no fueran precisamente devotas, pues sus manos, cruzadas y ocultas entre las mangas, escondían un viejo puñal, y sus ojos no levantaban la mirada de sus pies, que con paso firme se dirigían a la sacristía. Aquel joven se llamaba Robert Rasjwonski, huérfano de una de las tantas molineras que había en los regatos que morían en el río Allier, por tanto, siervo igual que lo había sido su madre del condado de Clermont y bajo la mano directa del conde. Las malas cosechas de los últimos años habían provocado que una gran parte de los jóvenes campesinos huyeran a las grandes ciudades en busca de un mejor porvenir. Rasjwonski también tenía esas intenciones: las de escapar de los aperos de labranza; pero enterado de las penurias y calamidades de los pobres infelices que una vez en París, Lyon o Marseille no habían encontrado más que desesperación y hambre, y quizá por ser hijo de molinera, pretendía hacerlo con un pan debajo del brazo. Y ese pan no era otro que el cáliz en el que cada día el padre Rubán consagraba la sangre de Cristo durante la eucaristía: una pieza romana de plata cuya base tenía engarzadas cuatro brillantes piedras de oro, algo que a buen seguro le convertiría en un hombre rico cuando llegase a la capital.

Con esa idea en la cabeza y con aquel puñal escondido como salvaguarda entre sus manos, llegó hasta la sacristía, y no pudo evitar esbozar una sonrisa cuando a simple vista

encontró su objeto de deseo. Expuesto sobre una cómoda, abandonado de la custodia de sus dueños y reluciendo su base. A fe que aquella dejadez en la vigilancia de una pieza tan valiosa estaba justificada, pues de todos era conocida la severidad con la que se impartía justicia en el condado de Clermont, donde cualquier delito de robo era penado con la muerte. Pero Rasjwonski ya no le tenía miedo al miedo, y puestos a morir, prefería la horca a la hambruna. Además, ya había decidido que quienquiera que pretendiese darle a él ese destino tendría que luchar primero por salvar su propia vida. Así pues, Rasjwonski cogió el cáliz, salió de la sacristía y, a su pesar, no tardó en verse en la disyuntiva planteada, ya que un joven fraile entró en la capilla en aquel preciso momento.

—Buenos días, padre —saludó el joven y muy pronto muerto fraile.

Quizá Rasjwonski podía haber salido de la situación con un simple «buenos días» y una huida tranquila por el centro de la capilla tras una genuflexión ante el Santísimo. El novicio a buen seguro que no habría echado en falta el cáliz, y de hacerlo, pensaría que alguno de sus superiores lo había guardado o dejado en otro lugar.

Pero aquella era la primera incursión fuera de la ley de Rasjwonski. Su corazón latía acelerado y el sudor empapaba su cuerpo; por eso el saludo que recibió el buen fraile en respuesta fue un rápido movimiento que terminó asesinando una letal puñalada en su corazón.

Rasjwonski, sin un criterio claro, se deshizo del hábito usurpado y echó a correr con la intención de alcanzar el bosque. Aunque la capilla se hallaba en la zona alta de los jardines del palacio, donde ya se confundían los frutales con los agrestes pinos que precedían a una maleza en la que pasar desapercibido, había suficiente espacio despejado para que un chico a la carrera, con aquel reluciente cáliz en una mano y un puñal ensangrentado en la otra, fuese lo menos parecido a una huida discreta. Una vieja monja se encaminó extrañada hacia la capilla al ver la escena a lo lejos, y veinte minutos después el conde en persona organi-

zaba una cuadrilla de diez hombres armados y a caballo que salían a la caza del ladrón y asesino.

Danchart paseaba sin un rumbo claro y disfrutando de los rayos de sol sobre la cara cuando se encontró con uno de los capataces de su padre. Este le puso al corriente de los sucesos en la capilla familiar y a él se unió en la búsqueda del impío. No había pasado ni media hora cuando ambos vieron a un hombre saltando entre las rocas de una agreste colina. Decidieron entonces separarse: Danchart acometió la subida al pico para cubrir una posible huida entre los cerros, mientras que el capataz la bordeaba, por si el asesino descendía en dirección al río. Danchart tardó en llegar a la cumbre, pues su caballo, si bien era de los más veloces de Francia en el llano, llevaba bastante mal lo de las pendientes y el terreno accidentado. Desde la cima divisó al fugitivo corriendo como un gamo hacia un nuevo peñasco, y Danchart no dudó de que a aquel delincuente no tardarían en juzgarlo, primero los hombres y luego la misericordia divina; y pensó también que tenía muy pocas posibilidades de salir victorioso tanto a los ojos de unos como de la otra.

Danchart descolgó su escopeta del hombro, apuntó sin mucho cuidado y disparó. La distancia era demasiado grande como para acertarle, pero sabía que el sonido de la pólvora pondría si cabe más nervioso al fugitivo, y que el saberse perseguido posiblemente le haría desfallecer antes. Picó espuelas a su caballo y salió en su dirección. Nunca imaginó que aquella mañana fuese a ser tan entretenida.

Cuando Rasjwonski oyó aquel disparo se supo perdido. Por un momento dudó. Si seguía huyendo, lo más probable es que algún perdigón le diese de lleno y lo matase. Quizá era mejor entregarse, aunque eso solo aceleraría su más que segura sentencia de muerte. Un nuevo disparo, y otro, y otro hicieron que su corazón se acelerase aún más de lo que lo había estado cuando sus dedos clavaron aquel puñal, que cada vez ardía con más fuerza entre sus manos, en el pecho de aquel desdichado fraile.

Saltando desde una de las innumerables rocas que bordeaban aquel alto, Rasjwonski escuchó el sonido de un nuevo disparo. Pero esta vez, tras el seco estampido que hacía salir a los estorninos de sus escondites, notó el impacto de una bala en su hombro. Cayó sobre una piedra, y entonces oyó el chasquido de su pierna al que siguió un intenso dolor, tanto en la rodilla como en el brazo. Se llevó la mano al hombro y la descubrió empapada en sangre; después a su rodilla, donde halló el mismo resultado. Intentó levantarse, pero un latigazo en la pierna le hizo irse de bruces al suelo. Con la cara en la tierra, se aferró a su puñal y se preparó para enfrentarse a la muerte. Si el que le perseguía era un desalmado —y no había razón para que no lo fuera—, allí mismo le remataría con un último disparo a bocajarro.

Danchart intuyó que había dado en el blanco cuando vio la forma de caer del individuo. Cogió el camino que bordeaba en vez de subir el monte, con el convencimiento de que allí estaría el cuerpo del asesino, quién sabe si ya muerto. Y no se equivocó. Al doblar el recodo formado por una gran roca encontró un cuerpo boca abajo con abundante sangre en un hombro.

—Pensabas escapar a la justicia de los hombres, bribón, pero no eras consciente de que aunque hubieses escapado a esta, no podrías escapar a la de Dios. Sobre todo si has matado a uno de sus siervos.

Rasjwonski se giró. Su largo cabello rubio oscuro tapaba una cara en la que a pesar del intenso dolor se dibujó una sonrisa.

—No entiendo lo que dices... No sé si te refieres a que he matado a un siervo de Dios o a un siervo del conde de Clermont; o si acaso por casualidad, Dios y el conde de Clermont son para ti lo mismo, porque entonces debería llamarte Jesús de Nazaret.

Danchart le apuntaba con su mosquete e iba a disparar nuevamente sobre el cuerpo de aquel hombre que en una situación desesperada se permitía el lujo de bromear sobre el Altísimo en vez de pedir clemencia cuando reconoció en el infiel a su querido Rasjwonski. Desde pequeños, aquel hijo de una de las molineras había sido su más fiel amigo, por encima de servidumbres y relaciones entre nobles y vasallos. Junto a él había cabalgado durante días a los nueve años en dirección a Marseille, donde ambos habían soñado con embarcarse y recorrer Asia y América en busca de fortuna. Los cogieron a dos días de viaje del puerto mediterráneo, y solo tras la delación de Marie, una niña que solía jugar con ellos a la que no habían dejado que los acompañase por ser mujer. Danchart recibió como castigo por aquella travesura la reprimenda siempre cariñosa del padre Rubán, mientras que Rasjwonski recibió veinte azotes, que le dejaron postrado dos meses en la cama. Cuando Rasjwonski pudo volver a levantarse, aún con las marcas en la espalda, le esperaba ya su fiel amigo Danchart y no dejaron de correr aventuras, eso sí, ya siempre en los límites del condado de Clermont, hasta el mismo día de hoy cuando, sin haberse levantado pensando el uno en el otro, llegaban al mediodía metidos en un nuevo atolladero.

Danchart guardó su escopeta, desmontó y se echó las manos a la cabeza.

—¡Rasjwonski! ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Has matado a un fraile, robado el cáliz... ¿Es que te has vuelto loco?

—Anda, ayúdame. Vas a tener que prestarme tu caballo... Sin él no podré huir de Clermont... ¿Cuántos hombres me siguen?

—No lo sé. Diez o doce... Pero ¿por qué has hecho esto?

—Pues ya ves. Los que no somos hijos de condes ni poseemos ricas rentas maternas tenemos problemas para co-

mer todos los días.

Danchart cogió a Rasjwonski para que pudiera incorporarse.

—Ah... —exclamó Rasjwonski al ponerse en pie—. Maldita sea, menuda puntería tienes. Me has dado en el hombro y me he torcido el tobillo, la rodilla y a saber qué más...

Danchart se quitó su chaqueta y la puso sobre los hombros de Rasjwonski mientras lo ayudaba a montar.

—¿Adónde vas a ir?

—A París. Si no te importa, me quedo con el cáliz. Con lo que me den allí por él podré llevar una vida tranquila.

—No lo hagas en París. Será fácil descubrirte. Avisarán a todos los anticuarios de Francia y te echarán el guante en cuanto preguntes su precio. Ve a Marseille. Busca algún comerciante genovés o veneciano... que sea extranjero. Malvéndelo. Mejor aún, busca a alguien que lo haga por ti. Yo qué sé, secuestra a un niño y obliga a hacerlo a su padre. ¡Dios mío!, Rasjwonski, te has vuelto loco y me estás haciendo decir locuras a mí también.

—No temas, amigo. No había pensado hacer de la sangre y el dolor ajeno mi forma de vida. Te prometo que en cuanto pueda me convertiré en una persona de bien, al menos a los ojos de los hombres. Gracias, mi buen Danchart.

—¡Espera! Toma. Este es el anillo de la casa de mi madre. Su familia tiene el privilegio real de ser recibida y alimentada en todas las postas de Francia... Y si no, siempre podrás sacar algún dinero por él... Recuerda, no pares hasta llegar a Marseille; diré que has huido hacia los Países Bajos. Dios mío, ¡y haz que alguien te vea esa herida...!

No había terminado Danchart su frase cuando Rasjwonski picó el caballo y, como pudo, puso rumbo a Marseille, a París..., a la libertad. Danchart se vio entonces solo en la cumbre de una de las pequeñas montañas del condado de Clermont, a leguas del palacio familiar, notando un poco más el frío de la mañana y, sobre todo, inquieto por el futuro de su amigo. Era realmente terrible. ¿Qué había llevado a Rasjwonski a matar a un hombre? ¿De dónde había saca-

do la sangre fría necesaria para hacerlo? Conocía bien a su amigo, o hasta aquel momento eso creía. Sinceramente, lo tenía por una persona noble y de buen corazón. Pero aquello no encajaba para nada. ¿Hambre? Sí, puede pasarse hambre, pero nunca la suficiente como para matar, y además a un pobre novicio, que no podía ser más que inocente..., ¡aunque fuese culpable! Por un momento a Danchart se le pasó por la cabeza que no había obrado bien al dejar marchar a Rasjwonski. Al fin y al cabo, había robado en una iglesia y había cometido un asesinato...

Danchart tomó el camino del pueblo con estos pensamientos en su cabeza. Allí conseguiría un caballo, y una vez en el palacio, alguien le explicaría qué había sucedido realmente. Quizá el capataz había exagerado y el fraile no había muerto. Eso le liberaría de cierto pesar, pues su conciencia había comenzado a sentirse culpable por haber dejado escapar a un desalmado..., si bien la acallaba con una frase que repetía en su mente sin cesar, quizá para acabar creyéndosela: «Rasjwonski es mi amigo y si ha matado a un fraile... algo habrá hecho el fraile». Danchart comenzó entonces a pensar qué contaría una vez que llegase a casa, pues difícil sería explicar que un asesino le había desarmado, robado el caballo, la chaqueta... y, sobre todo, que le había perdonado la vida. Eso si no se sabía ya que había sido Robert Rasjwonski el culpable, en cuyo caso él mismo quedaba entre la espada y la pared. Todos los siervos del condado sabían que era su amigo.

En estos pensamientos estaba cuando llegó a las afueras de la villa de Clermont. Se detuvo antes de llegar a una gran casa donde se encontraba la sede de la banca Roche-teau en la provincia. Allí vivía Laurent Munot, delegado de la citada banca en aquella zona de Francia, pero para Danchart, simplemente el padre de Marie Munot, aquella niña que doce años atrás confesó entre lágrimas que Danchart y Rasjwonski se habían marchado a Marseille para embarcarse a las Indias Orientales, y que nueve años después, también entre lágrimas, juró su amor al vizconde de Clermont, Albert de Danchart.

II. La hermosa Marie

Laurent Munot entró al servicio del condado de Clermont cuando apenas contaba con doce años y todavía ostentaba el título de conde el abuelo de Danchart. El abad de la época vio en él a un posible hombre de Dios y se esmeró en su educación en las letras y especialmente en las ciencias. Por eso, cuando el por entonces muchacho dejó claro que su futuro no estaba en las manos de Dios, sino en los brazos de la hija de uno de los capataces del conde, se llevó la reprimenda del fraile y el abrazo del padre de Danchart, ya conde de Clermont, que lo puso a su lado como contable.

Fue esta la razón de que las infancias de Marie y Danchart coincidieran no solo en el tiempo, cosa que únicamente estaba en manos de Dios, sino también en el espacio: los jardines del palacio de Clermont. Con los años, Laurent se fue afianzando como uno de los mejores contables de la región; de ahí que cuando el conde de Clermont se vio apurado por las malas cosechas y tuvo que recurrir a la banca Rocheteau, esta le puso como condición para concederle un préstamo que Laurent pasase a ser su hombre de confianza en el centro de Francia.

Así sucedió, y con el tiempo, Laurent dejó de ser un simple empleado de la casa Rocheteau para convertirse en uno de sus socios, lo cual no fue tampoco un mal negocio para el conde, que se desentendió un tanto de los vaivenes de las cosechas y permitió a Laurent invertir su capital en distintas compañías y fábricas en Francia y América, algo que, aunque no entendía, le reportaba rentas mucho mayores que las que cosechaba.

Laurent Munot tuvo dos hijas, Beatrice y Marie. Beatrice era siete años mayor que Marie, y con dieciséis años su pa-

dre la mandó a París con el fin de que aprendiese más sobre el mundo de las finanzas y le sucediese algún día en la banca Rocheteau. Laurent era sin duda un hombre muy adelantado a su tiempo: no ansiaba para sus hijas un buen matrimonio, sino que tuviesen una buena posición por sí mismas. Por eso chocaba un poco con su hija Marie quien, si bien compartía las ideas de su padre respecto a su formación, no descartaba un matrimonio con un apuesto noble, y más aún si ese noble era Albert de Danchart.

En la Francia de finales del siglo XVIII, el actual vizconde de Clermont era un buen partido para todas las mujeres del reino, no solo por sus títulos nobiliarios, sino también porque podía considerarse que tenía buen porte: alto, delgado, de cabello oscuro y con unos curiosos ojos grisáceos; pero sobre todo un buen muchacho, en opinión de cualquiera de los vecinos del condado. Sin embargo, aunque Laurent Munot lo tenía en estima, no era de su agrado emparentar con el conde de Clermont. A pesar de que había servido a su casa y su relación con él no era mala, Munot pertenecía a esa clase que cada año se expandía más y más por toda Europa y América, de los que, aun sin poseer títulos ni tierras, eran dueños de la bolsa. Munot vivía en Clermont y se sabía bajo el mando del conde, pero no desconocía que su fortuna en billetes, pagarés y acciones era mucho mayor que la de la gran mayoría de los nobles de Francia, simplemente ricos en terrenos a merced de los vaivenes del tiempo. Si los nobles tenían conciencia de clase y no querían a plebeyos en sus casas, él se consideraba con esa misma conciencia y no quería más que a algún joven burgués como yerno.

A la casa de aquel hombre era adonde llegaba ahora Danchart con la clara intención de ver a Marie. Esta se hallaba sentada en el jardín trasero con un libro entre las manos, pero, sobresaltada por un sexto sentido, se levantó y pasó al frente de la casa antes de que Danchart llegara a asomarse.

Al verlo tras la verja corrió hacia el joven sin reparar en nada más.

—¿Qué haces, loco? Podría verte mi padre o alguno de los criados.

Sin embargo, la reprimenda iba aderezada con una gran sonrisa, y la muchacha abrió la puerta pequeña, se abalanzó sobre él y no se privó de besar en los labios al vizconde.

—¿Loco yo? Loca tú, que me besas delante de cualquiera que pueda pasar —le respondió Danchart devolviéndole la sonrisa.

—Quizá ese es el problema de nuestro amor, que es demasiado loco. Ven, tengo algo muy importante que contarte.

Si Danchart venía turbado por los acontecimientos de aquella mañana, más le turbó la expresión de su amada al decirle aquellas palabras. Ambos se adentraron en el jardín y se sentaron en un banco de piedra en forma de media luna que acompañaba fiel a una mesa de mármol blanco, tras enormes y ancianos llorones que desde casi su infancia escondían a los jóvenes de las continuas idas y venidas en la casa Rocheteau.

—¿Qué sucede, Marie? Sabes que me asustas con facilidad y hoy ya me he asustado bastante.

—No lo hagas, y si lo haces, no me lo muestres, porque harías más grande mi dolor.

El corazón de Danchart se aceleró y enseguida le vino a la cabeza el mayor de sus temores, que para su desgracia corroboró Marie:

—Danchart, hace tiempo que tengo algo que decirte y... ya no pensaba tener que hacerlo..., al menos así, frente a frente..., pero me atormenta..., y justo hoy apareces...

Danchart apretó con fuerza las manos de la muchacha y bajó la mirada mientras Marie proseguía.

—Amor mío, mi padre me ha pedido que me marche a París, a aprender los secretos del cuerpo humano en la casa del doctor Rovancier... Mírame, Danchart, por Dios te lo pido. Entiéndelo. Sabes que siempre he querido aprender, ser útil a los demás, y algo más que la madre de unos hijos.

No solo el corazón de Danchart se había acelerado. Sus manos inquietas habían soltado las de Marie y ahora no en-

contraban dónde posarse. Sus ojos intentaban enfrentarse a los de la muchacha, pero apenas podían sostenerle la mirada y se perdían en el jardín, el horizonte, sin encontrar un punto fijo...

Marie detuvo aquellos movimientos con su mano, cogió la barbilla de Danchart, fijó sus ojos en los de él y lo besó.

—No te preocupes, mi amor. Estaré allí un par de años, pero vendré continuamente a Clermont: en Navidad, Semana Santa, el verano... No sufras, mi vida, porque tu sufrimiento hace que se llene de pena mi corazón...

Danchart no entendía nada. Desde semanas después de aquella tarde en la que, aún adolescentes, se habían jurado su amor, había pedido incansablemente a Marie que se casase con él. Sin embargo, esta siempre se había negado. Danchart no podía culpar de eso al banquero Munot. Aunque este había sembrado en su hija inquietudes que en el resto de las mujeres de Francia sonaban a locuras, había que reconocer que era ella misma la que quería hacerlas, sin imposiciones paternas de por medio. Incluso el mismo Danchart siempre la había animado a ello, pues veía en aquel rostro que tanto amaba un brillo especial cuando hablaba de su ilusión por salvar vidas. Sin embargo, ahora que se encontraba en aquella tesitura, deseaba hincarse de rodillas ante ella y suplicarle que abandonase esas ilusiones que iban a alejarla de él tanto tiempo. Lo deseaba realmente, sí, pero no se sentía capaz de hacerlo. No quería forzarla a elegir entre su ilusión por la medicina y él, quizá porque tenía miedo de salir perdiendo en la elección.

—No voy a saber vivir sin ti... Tú eres mi sol —fue lo único que alcanzó a decir.

—Mi amor, mi vida —le dijo Marie mientras lo abrazaba y lo besaba—. No sufras.

Era realmente curiosa la forma de tratarse de aquellos dos jóvenes. En cualquier pareja de muchachos de buena familia —pues, a pesar de que una tuviera título y la otra no, ambas eran buenas familias—, sería absolutamente impensable un trato tan humano y tan lleno de ternura. Marie aún llegó a conocer a su madre, fallecida poco antes de

que Danchart y Rasjwonski decidiesen comenzar su infructuoso viaje por el mundo. Quizá Marie encontró entonces en Danchart el mejor modo de dejar atrás los besos y abrazos maternos recibidos, entregando los suyos al pequeño vizconde..., el cual nunca los había tenido, pues su madre murió apenas él salió de su vientre. Danchart se agarró a aquella ternura con la misma fiereza con la que lo hacía ahora que pendía sobre él la afilada cuchilla de una temporal separación.

—París... ¿Por qué todo el mundo quiere irse a París? —dijo Danchart entre los brazos de Marie.

—¿Por qué dices eso?

—¿No sabes lo que ha sucedido esta mañana en el palacio de Clermont?

—No.

Y Danchart le repitió primero lo que el capataz le había contado sobre lo sucedido con el pobre fraile y luego su incidente con Rasjwonski. Marie se asustó.

—¡Dios santo! Pero ¿cómo has dejado que se marchara? Está loco. Siempre lo ha estado. Desde pequeños era él el que siempre te estaba retando. A nadar cada vez más lejos, a correr cada vez más aprisa con el caballo; y después, de muchachos, a beber... y quién sabe a qué más te habrá empujado. Debiste entregarlo. Quizá haya matado a un hombre. Debes contar lo que ha sucedido y ayudar a que lo detengan.

—¿Escuchas lo que me pides, Marie? Es mi amigo, y pensé que también era el tuyo.

—¿Amigo mío? No. Nunca lo ha sido. Siempre he visto en sus ojos la ira, la furia, el rencor... Sabía que acabaría haciendo algo así. Y Dios sabe a quién más matará a partir de ahora. Debes delatarlo.

—No, Marie, Rasjwonski es mi amigo. Si me retaba a nadar más lejos, él estaba a mi lado si desfallecía, y yo al suyo si era él el que no podía más. Si hemos corrido a caballo, lo hemos hecho el uno al lado del otro, saltando los mismos setos y corriendo los mismos riesgos. No lo entregaré, y te pido por favor que no lo hagas tú.